

de gracia que todas las demás, incluyendo los que traydo-
ra y cruelmente habeis degollado, en observancia de vues-
tros derechos natural, de gentes y de guerra, completen un
numero de mil y quinientos ó dos mil hombres, que excede
de en mucho á la verdad, y veamos ahora los reemplazos.

Aunque yo no hiciese cuenta, mas que de los
patriotas de Leon, Silao, Irapuato, Celaya, Queretaro, Ex-
miquilpan, Lagos, san Juan del Rio y otros muchos, ya
exceden á la pérdida notablemente. Mas si añadís el au-
mento que dió el señor Calleja á la columna de Granade-
ros en Guanajuato, el batallon que allí levantó con este
nombre, la fuerza que añadió á los amargos Tamarindos,
patriotas del Potosí, la que aumentó al ejército aquel ilustre
Carlos, y otras creces que dió al regimiento de san
general, si contais, despues de todo, los batallones de As-
turias, Lovera, América y Castilla, con toda la demas tro-
pa que contra vuestras esperanzas ha llegado y aun está
para llegar de España, no sé si os asegure que tenemos
triplicado numero del que habia al principio de la Rebe-
lion. ¡Que errada os sale la cuenta, mi doctor! Vengamos
ahora á vuestras pérdidas y reemplazos, é irá de mal en
peor.

En la mayor preponderancia de vuestro poder,
que fué en los campos de Calderon, tuvisteis por lo me-
nos, cien mil hombres; mas solo en las batallas á que yo
he asistido, habeis perdido, por un cómputo moderado,
cincuenta mil hombres. ¿Y quién podrá reducir á numero
los sacrificados en todas las demas batallas? ¡Con demasia-
do dolor digo, que vuestra traicion ha costado ya á la
América mas de ciento cincuenta mil hombres, y por consi-
guiente excede vuestra pérdida á la mayor fuerza que
habeis tenido, ni tendreis jamás en cincuenta mil! ¿Y en
el dia en qué pie están los que llamais vuestros exérci-
tos? Reducidos á quadrillas de los mismos ladrones pero
de muy despreciable fuerza.

No es este, decís, un fuego instantáneo: es ver-
dad, él ha durado mas de lo que creían los hombres de
juicio; pero no creáis que se prolongue, sino hasta que

perezan los pocos dementes que están á vuestro mando.
Mas en quanto á que este fermento haya (como decís muy
propriadamente) *inficionado toda la masa, y que toda la Na-
cion Americana esté conmovida á vuestro favor*, estais muy
engañados, y debeis saber que la ilustre nacion Americana
no consiste en Rayon, Verduco, Velasco, Cos, Correa Vi-
llagran y los caporales que les siguen y son el todo de
la Insurreccion; consiste en la capital con su excmo. Virrey
al frente, y un numero excesivo de ilustres y leales mexi-
canos, tanto de la primera nobleza, como del pueblo ba-
xo y humilde, en las de las demas provincias y reynos,
en los ilustres ayuntamientos, arzobispos, obispos, audien-
cias, cabildos eclesiásticos, universidades, cuerpos religiosos
y clero secular, consiste en el ejército formado de cuer-
pos veteranos de caballería, infantería, artillería, milicianos,
patriotas, urbanos, y un innumerable pueblo, que todo jun-
to no es de vuestro partido como lo sabeis y habeis ex-
perimentado muy á vuestra costa, y por consiguiente, men-
tis descaradamente y calumnias á toda una Nacion.

La porcion, pues, que está penetrada de los ima-
ginarios derechos que alegais, é impregnada del que lla-
mais fuego sagrado de patriotismo, no siendo otro que el
del latrocinio y rebelion, es la despreciable masa de
insurgentes, que no solapada, como asegurais, sino descu-
biertamente, hace sus impotentes esfuerzos, y no puede
adelantar un palmo sin perder cincuenta mil. Esa explo-
sion espantosa con que enfáticamente amenazais, no es mas,
mi doctor, que un espantajo de niños é ignorantes.

NUMERO QUARTO.

¿Por ventura creéis que hay algun lugar donde no haya
prendido la tea nacional? ¿Os persuadís de buena fé, que
vuestros soldados criollos, son mas adictos á vuestra causa
que á la nuestra? ¿Pensais acaso, que no están á la ho-
ra de esta convencidos acerca de los verdaderos motivos

de la guerra? Porqué en vuestra presencia se explican de diverso modo de lo que sienten dentro de sus corazones ¿les suponéis desposeídos de amor propio y desprendidos de sus particulares intereses? Si es así os engañais muy torpemente. La dolorosa experiencia de lo que ha pasado en quince meses que llevamos de la mas sangrienta guerra, os está dando á conocer, que no tratáis con un vil rebaño de animales, sino con entes racionales y demasiado sensibles.

Mi doctor, estais sumamente escaso de noticias y atrasadísimo en los conocimientos de lo que debiais saber de demasiado bien, que es la Insurreccion. ¿Quién, sino vos, que haceis el papel de un ignorante ó malicioso, haria la primer pregunta de este número? Mas yo estoy precisado á responderos. Hay, pues, mi doctor, no un lugar, como decís, sino reynos y provincias enteras donde no ha prendido la negra tea que llamais nacional. Hay una extension de setecientas leguas, por lo menos, del Rosario al Nuevo Monterrey, y en las muchas provincias que comprehende, ni aun saben qué cosa es Insurreccion, de modo, que si les tratáis de eso, pensarán que habláis de la Resurreccion de la carne: hay en tales países, que he andado casi todo á palmas hasta la orilla septentrional del Gila, (y quiero que lo sepais para vuestro mayor espanto) unos cuerpos de caballeria, que componen algunos millares en el centro y fronteras de las provincias de Chihuahua ó nueva Vizcaya, de Sonora, antigua, y nueva California, tanto mas formidables, que la que os ha arrollado en nueva España, quanto que se componen de hombres que, como decia Saul de Goliat, son combatientes desde su adolescencia, y de caballos acostumbrados á burlar la velocidad de los ciervos en inmensas llanuras: unas tropas, por ultimo, cuya vista sola os causaria una disenteria, y tal vez os volveria á vuestro juicio: y con esto he respondido á vuestra pregunta primera.

Mas quanto á la segunda, os digo, que la buena fé, con que nos persuadimos, que nuestros soldados ame-

ricanos son mas adictos á nuestra causa que á la vuestra, no es una buena fé, sino una fisica evidencia y una demostracion repetida en los campos de batalla, ¿hay mas que preguntarlo á vosotros mismos? Respondedme: ¿de qué han servido los gritos con que los habeis llamado mil veces, antes de romper el fuego y despues de empenada la funcion? Yo estoy por vér todavía un individuo de las fidelisimas tropas americanas que haga el oficio de texedor, como decia el valiente castellano Carvajal, pasando-se de nuestro campo al vuestro: no dudo que lo habrán hecho algunos engañados, mas yo jamas lo he visto: esto proviene de que están, no á la hora de esta, como decís en ruin castellano, sino desde el primer momento de la Insurreccion, convencidos de los verdaderos motivos de la guerra ó rebelion, conociendola en sus causas, medios y fines tan injustos, como abominables: y por eso aun antes de haber esperamentalmente sabido, que tendrian mas vigor que vosotros, dieron pruebas evidentes de que el modo con que se explicaban y aun explican delante de nosotros, es una verdadera copia de los sentimientos puros de sus nobles corazones, bien penetrados del amor propio que merece este nombre y es la verdadera caridad, bien afectos á sus verdaderos intereses, que son los de la felicidad publica; porque los particulares suyos, los han abandonado, con la mayor generosidad, con lo mas tierno y amable que tienen los hombres en el mundo, como son sus hijos y mugeres por castigar vuestras maldades. Y no por eso creais que les ha faltado aquel noble incentivo de conservar sus propiedades, para desempeño de sus obligaciones; mas antes bien, uniendose al Gobierno han manifestado comprender perfectamente el modo eficaz de conservar las reliquias que les haya dexado vuestra rapacidad, librandó su esperanza en la mano liberal de Dios, que se las multiplicará, y en la generosidad de la nacion, que no los perderá de vista, ni dexará en la indigencia á los valientes defensores de sus verdaderos intereses y derechos.

Y siendo todo esto, como es así, los engañados

torpemente sois vosotros: mas aunque las ultimas líneas de numero, como otras muchas de vuestro Manifiesto, son unos bocadillos, que habeis roído de las gazetas españolas, aplicando muy mal lo que con toda propiedad han dicho ellas á los pérfidos franceses, es preciso responderos, que la dolorosa experiencia de lo que ha pasado en diez y ocho meses, nos ha desengañado de que nuestras tropas americanas y la porcion mas ilustre y numerosa de este vasto continente, no son un vil rebaño de animales, sino entes racionales y demasiado sensibles á las voces de la razon, de la justicia, de la Religion, de la Pátria y demás objetos, que habeis atropellado: y he aquí, mi doctor, puntualísimamente, la principal y verdadera causa porque, ni han sido, ni esperéis jamas, que sean insurgentes.

Dixe lo que ha pasado en diez y ocho meses, no en quince, como vos decís muy equivocadamente, en prueba de que no sois ni aun siquiera buen insurgente, sino inútil para todo, como escribia *Liciaga á Ríyon*, segun leí en una carta original, pues ignoráis la fecha del nacimiento de vuestra desgracia, que á la de vuestro Manifiesto de diez y seis de marzo llevaba ya diez y ocho meses; mas este anticronismo me ayuda á descifrar un secreto que yo reservaba para mejor lugar, y me haceis revelar estemporáneamente, y es, que como desde que os envió el mamotreto *el maligno jurista que le vomitó en México*, se pasaron tres meses para que le recibieseis, examinaseis, y entendieseis, adoptándole por hijo de vuestro entendimiento y voluntad, no supisteis ni aun reflexar en la fecha en que le copiabais, y salió como la confesion de aquel salvaje, que tomó de memoria un exámen impreso, y despues de haberle relatado todo al confesor, concluyó su obra diciendo: con las licencias necesarias, en la oficina de Hogál: y por poco no encajais tambien para sacarnos de dudas, el nombre y apellido del infeliz que os dá la leccion, como habeis expuesto los de otros muchos necios, que fian de vosotros, cuya correspondencia original hemos leído muy despacio en mas de dos puntos.

NUMERO QUINTO.

Los repetidos movimientos acaecidos en los lugares, sin que se haya escapado la capital del Reyno, os hacen ver los sentimientos de que se halla actuada la Nacion; y sus extraordinarios esfuerzos por sacudir el yugo de plomo, que tiene sobre su cerviz. ¿Es posible, que no conozcáis que esta es la voz general de la Nacion; y no de algunos pocos zánganos, como nos llamais? ¿Habeis ganado un solo corazon, en los lugares donde habeis entrado? ¿No veis en el semblante de todos, su disposicion y los deseos unánimes de que triunfe su patria? ¿Y son mas que otros tantos soldados á nuestro favor todos los patriotas que levantais de guarnicion en los pueblos? Esta providencia débil ¿es otra cosa que armar la Nacion, para vuestra ruina, quando llegue el caso de la universal explosion?

Dexadme descansar un rato, mi doctor: que aunque ni mi genio, ni mi constitucion, ni ménos mi carácter, me inclinan á las burlas; quiero reirme un poco, para desenfadarme de tanta necedad. Desde muy niño que leí la primera vez, al amenísimo Cervantes, creí que por mas que se fatigasen los ingenios, jamás habian de empatar una produccion tan original y tan bella en todas sus partes, que á mas de probar el fecundo genio criador de su artífice, se puede decir de ella, como atestigua la esperiencia: "decies repetita placèbit,"; mas desde que comenzó la Insurreccion, y daré cien testigos de esta verdad, en medio de los amarguísimos suspiros, que me hacia, me hace, y me hará exálar vuestro delirio; al ver la inmensa copia de pasages originales de él, y la propírisima y abundante materia, que presentaba en los personajes, en las causas, en los medios, en los sucesos &c. &c., he creído, y creo, que se podia escribir (si fuese materia de burlas) vuestra historia, con tanta sal y sazón, que quedase eternamente olvidado el Quixote, amén de sus adiccionadores, y dedicados á dar en los mas olvidados es-

tantes, abundantísimo pasto á la polilla. Si: hasta los ingleses han ponderado y dicho con asombro, que vuestra Insurreccion, es una cosa original: tan monstruosa es que no se le halla ejemplo.

Es verdad, mi doctor: los repetidos movimientos acaecidos en los lugares, sin exceptuarse la misma capital, os hacen ver á vosotros los sentimientos de que se halla actuada la verdadera Nacion americana: porque decidme, ¿qué intriga? ¿qué maquinacion? ¿qué complot? ¿qué enredo habeis podido tramar en las tinieblas, que no le hayan descubierto los fidelísimos americanos en esos mismos lugares, en Querétaro, y en la misma capital, empeñándose en esto, hasta los hombres de la mas humilde extraccion, pero nobilísimos en sus sentimientos verdaderamente patrióticos y católicos? ¡Ah! ¡Si no les hubieseis engañado al principio, haciendoles creer que era orden del Gobierno la prision de los europeos, yo os aseguro, que no hubierais podido agavillar quatro docenas, que no fuesen de los antiguos ladrones públicos, aunque hubieseis dado mas gritos que la gallina á los pequeños ánades, que empolló, y no reconocen su reclamo, quando al salir del cascaron, les vé con espanto arrojar á las aguas! ¡Yo soy testigo, mi doctor, de que en los primeros dias de la Insurreccion, quantos corrian á vuestras infames vanderas, iban totalmente persuadidos á que los llamaban, la voz de FERNANDO, y la doctrina de Pio! ¿Y hasta hoy no reconocéis los extraordinarios esfuerzos que ha hecho y hace esta fidelísima Nacion, por sacudir el yugo, no de plomo sino de garfios, y de hierro de vuestra Insurreccion? Esta sí es la voz general de la Nacion, mas no la de unos pocos zánganos, como con toda propiedad, llamamos á los insurgentes, cuya informacion de vida y costumbres, no dá otra idea, desde el generalísimo inclusive, hasta el último salvaje de los que os siguen engañados: por tanto, os hago vuestra misma pregunta.

¿Después que entráis, por desgracia ó por capitulation Napoleónica, en algun lugar: después que os quitáis la máscara con que os desconocen muchos simples, y apareceis en vuestro natural semblante: después que manifestais

vuestra ignorancia, vuestros concubinatos, desórdenes y maldades, habeis ganado un solo corazon en los lugares donde habeis entrado? ¡Grite Guanaxuato, clame Guadalupe, hablen Valladolid, Pachuca, Quautla, Sultepec, y dirán la rabia, la vergüenza, el dolor que les ha cansado veros en sus recintos, y ser testigos de vuestra conducta tan bárbara como criminal! ¡Diga Citáguaro, en cuyo recinto no han vuelto á admitiros los escarmentados indios! ¿No veis, pues, desde el momento mismo en que os conocen, en el semblante de todos, su disposicion, y los deseos de que triunfe su Patria?

¿Y después de esta dolorosa esperiencia de lo que sois, y de lo que se puede esperar de vosotros, son mas que otros tantos soldados á favor de la justa causa los vecinos que dexais en los pueblos? ¡Quantos exemplares os podia yo alegar! ¿Es otra cosa esta providencia débil, por lo que manifiesta vuestra flaqueza, en todos sentidos, que armar la porcion de la Nacion, que estaba engañada, para vuestra ruina, quando con el universal desengaño, llegue el caso que no tarda, de la verdadera universal explosion! para entender como yo entiendo, vuestras cláusulas, en este su genuino sentido, rogadles que os hagan las postilas, la exposicion y desenlace de ellas, mas enredado que la Argenis de Barclayo á Irapuato, á Zelaya, al puñado de guapos de Tlahuillipa, á Esmiquilpam, y á todos los nobles, valientes y fidelísimos patriotas, que llamais soldados vuestros, y hemos dexado para vuestro azote, en esos mismos, y otros lugares, y ellos os responderán, con los muchos balazos y cuchalladas con que os han hecho huir cien ocasiones.

NUMERO SEXTO.

¿No advertís, que vuestros procedimientos han irritado á todos los americanos de todas clases, y engendrado ácia vosotros un odio que se aumenta de dia en dia? ¿Es posible, que la pasión os haya cegado hasta tal punto, que esteis persuadidos á que os han de preferir siempre en su

estimacion, respecto de sus hermanos, parientes y amigos, postergándolos y sacrificándolos á vuestro capricho por complaceros á vosotros, gente advenediza y desconocida para ellos? Así que, deponiendo por un momento, el capricho y preocupacion, ya que no por amor á la verdad, y á la justicia, á lo menos por vuestra conveniencia, escuchad nuestras quejas y solicitudes.

Yo bien sabia, mi doctor, quando tomé la pluma para combatir vuestro Manifiesto, que solo con variar algunas pocas palabras, que le diesen un verdadero sentido, estabais respondido: porque observándose en todo él invariablemente, (bien que con un estilo sostenido, capcioso y faláz) un empeño de cargar sobre nuestro gobierno, y fidelísima Nacion, quantos crímenes habeis cometido vosotros, con esa ligera mudanza, os venia tan ajustado, como vuestro propio vestido; mas esto no basta para desengañar á los simples, y hay á mas que añadir muchas cosas, que no os honran demasiado.

Nos preguntais, pues, en este número, con una especie de admiracion: *¿No advertís, que vuestros procedimientos han irritado á todos los americanos de todas clases, y engendrado ácia vosotros un odio que se aumenta de dia en dia? ¿Es posible, mi doctor, que no lo advertís? El desgraciado y cien veces arrepentido Rayon, que parece ser el que tiene mas seso, alguna crianza y conducta entre vosotros, ¿no lo habrá advertido? Si el general, si el hombre que tiene el primer voto y representacion, mostró tanta afliccion, congoja, amargura y arrepentimiento, en presencia del bachiller Palafox, enviado por el excmo. é illmo. señor obispo de Puebla, en Citáquaro, si le rogó con lágrimas, aunque en secreto, pidiese á Dios por él, si manifestó, que solo el miedo de que le asesinaséis, si descubría sus verdaderos sentimientos y arrepentimiento amargo, le tenia entre vosotros, ¿quáles serán, mi doctor, las angustias que devorarán vuestro criminoso corazón, y los de Verdusco, Velasco, Correa y otros que por último sois sacerdotes?*

¿En qué caos de confusion no os sumergirá con espanto, á qué término de despecho no os llevará con rabia, el reclamo de vuestra conciencia, en cada uno de aquellos momentos, en que á pesar vuestro os haga entrar en alguna pasagera y amarga reflexion?

Os confieso la verdad: ¡Se erizan todos mis cabellos, quando os contemplo en esta lastimosa situacion! ¡La América bañada en sangre, talada en sus campos, destituida de ministros, sin Sacramentos en muchas partes, saqueada en sus tesoros é intereses de toda especie, se me representa elevando sus quejas hasta el tribunal de Dios contra vosotros! ¡Entonces os compadezco y multiplico (hacedme favor de creer esta verdad) multiplico los ruegos, que hago á nuestro Salvador, quando le tengo en mis indignas manos, para que os haga volver en vuestro acuerdo! ¡Mas si os reis, que todo es posible, de estas terribles verdades, aumentais mi asombro, por que os veo en el término, y situacion á que llegan los hombres obstinados, cuya suerte está ya decidida! Porque si no sentís algun aguijon de estos, no es por otra razon, que aquella que hace calmar los dolores de un gangrenado: falta el sentimiento, no como indicio de salud; mas como aviso de que está próxima la muerte, pero sin esperanza de remedio.

¡O mi doctor desgraciado! ¡Quántas veces la ponderacion de este vuestro estado lastimoso, y el en que habeis puesto á nuestro bello pais, junto con el extravío por donde habeis descarriado las simples ovejuelas de los indios, me ha puesto en impulsos de abenturar mi despreciable vida, presentándome á vuestra vista, para rogaros que pongais término á tanta desgracia! ¡Mas si no habeis estimado las mediaciones piadosas, los respetables oficios de un venerable obispo, yo sería un presuntuoso, imaginando mas eficaces mis débiles esfuerzos, y perdiendo con la vida, aquella menguada utilidad, que puede resultar á la causa pública, con mi conservacion!

Si, mi doctor: ¡todos los americanos de todas clases, exceptuando solo los obstinados insurgentes, están irritadísimos por vuestra conducta bárbara y criminal, que les ha engendrado un odio ácia

vosotros, que crece por momentos, mas con quanta razon! ¿qué han de sentir las honradas viudas de tanto inocente europeo y americano, al verse rodeadas de tiernos niños, en quienes ven otros tantos retratos de sus fieles esposos, clamando por un pan, desnudos é indigentes? Qué sensible será á las almas piadosas á quienes habeis privado de oír Misa y confesarse, auyentando los ministros fieles, y mas si se les acerca el terrible momento de la muerte, sin tener, ni poder adquirir el sólido y necesario consuelo de un ministro justo, que les abra el paso á una feliz eternidad; á quien puedan decir con satisfaccion, las imprecaciones que han producido contra vuestra conducta para serenar sus conciencias, que en aquella hora, abultan el más leve defecto; viendo en su lugar á un sacerdote apóstata, excomulgado á un confesor armado de pistolas y sable, y que en lugar del hábito clerical, se presenta con el uniforme de la rebeldia. ¡Ah! ¡pensadlo bien, mi doctor, y conocereis á quien se debe hacer esa pregunta y esos cargos!

¿Es posible, continúo yo, quitándoos de la boca las voces de que abusais, es posible, que la pasion, sí, la pasion os haya cegado hasta tal punto, que esteis persuadidos á que estas viudas, estos hermanos, hijos, amigos, os han de preferir siempre en su estimacion á sus esposos, hermanos, parientes á quienes habeis reducido á una vida de luto y á los términos mas lastimosos? ¿Podeis creer, que no les hierve la sangre en el corazon, sin admitir alivio, hasta humillar este hervor, con los sorbos de vuestra sangre criminosa? ¿Lo harán así, postergando estas amadas prendas, y sacrificando el recuerdo tan amable como triste y doloroso de ellas, á vuestro capricho, por complaceros á vosotros, pues no se halla otra razon en todo el campo ó breñal de la Insurreccion?

¿Mas á quien llamais gente advenediza y desconocida para vosotros, usando de un language que convendria, quando mucho, á los indios? ¿Es mi doctor, á los europeos? ¿A aquellos puntualmente que han venido de los hogares de vuestros abuelos y as-

endientes? ¿Es, por vida vuestra, á aquellos mismos á quienes, al principio llamasteis con el dulce nombre de hermanos, amigos, conciudadanos, con-católicos, vasallos de un mismo soberano, parientes y quanto puede, con verdad, decir un hermano uterino al otro? ¿Es, por suerte á aquellos mismísimos á quienes despues, en el número 22, habeis de perorar hasta persuadirles que son americanos, imbuidos en nuestros usos, arraygados profundísimamente en nuestro país, olvidados hasta de sus mismos padres, que es la última prueba del amor que recíprocamente nos ha causado la mutua compañía y union, resueltos hasta á no volver á su pátria, donde sin duda alguna, serian mas felices? ¡Pues vive Dios, doctor vacilante, inconsecuente y voltario, que si son los mismos, ó estais loco, o creis hablar con un vil rebaño de animales! Pues ya la fuerza de la verdad os hace razonar como hombres; y á la fascinacion de la pasion os hace delirar como demente.

Despues de haber desatinado tanto, nos llamais la atencion en unos términos, que dirijo yo á vosotros, para que, deponiendo por un momento el capricho y preocupacion, ya que no por amor á la verdad; á lo menos por vuestra propia conveniencia y conservacion, escuchéis la voz de la razon y verdad; mas como con esta salva os preparais para relatarnos vuestras quejas y solicitudes, que yo llamo insultos y necedades, pasemos á examinarlas por daros placer.

NUMERO SETIMO.

Sin querer daros por entendidos de quales sean estas, nos habeis llamado hereges, excomulgados, insurgentes, traydores al Rey y á la Patria: habeis agotado los epitetos mas denigrativos, y las mas atroces calumnias, para difamar á la faz del orbe, á la Nacion mas fiel á Dios y á su Rey, con solo el objeto de alucinar á los ignorantes y hacerles creer que no tenemos justicia